

expresable. Sólo el poeta aun puede salvarnos, puede mostrarnos el último camino. Agarrémonos, pues, a su corazón y marchemos con él en viaje, desde la angustia hacia la angustia, para detenernos en el medio, en el centro vital, justamente en la mitad del alma de la angustia.

“Ah más allá de todo. Ah más allá de todo.”

Es la hora de partir. Oh abandonado!”.

EMILIO OVIEDO.

<https://doi.org/10.29393/At324-27BMGK10027>

“LA BUENA MOZA Y EL TORO”, cuentos, por *Hernán Jaramillo*, Editorial Nascimento, Santiago.

Veinte cuentos de distintos motivos, de distintos ambientes y tendencias, integran este volumen de “La Buena Moza y el Toro”, del cual poco se ha hablado hasta aquí; y ese poco, de mala gana. No obstante el ponderado prólogo de Mariano Latorre; y no obstante los méritos innegables del libro.

Son veinte cuentos que, dentro de la diversidad de tendencias y argumentos, como dijimos, tienen una misma especial manera, en su forma; y en esta forma, una misma especial maestría. Maestría, no de retóricas ni donaires, y sí de precisa, pintoresca y amenísima expresión. Y no es únicamente el mero modo de hablar, de los personajes, y el mero modo de sucederse los hechos, lo que en los cuentos de Hernán Jaramillo está tan acertadamente expresado, sino también el modo de pensar de esos personajes, y la manera cómo se generan y suceden esos hechos. Y esto ya es algo más difícil de lograr.

Pero, por sobre esas condiciones substanciales y formales, el autor de “La Buena Moza y el Toro”, posee otra, que es fundamental y poco común cualidad: el sentido del cuento. En estos relatos, el

“panorama vivo” está enfocado con naturalidad y dentro de los límites justos; y dentro de esa norma, el desarrollo de la acción nos deja siempre la impresión de la cosa cabalmente lograda. En sólo uno de ellos nos parece que al autor se le fué la mirada un poco más allá del concertado límite; nos referimos a la picaresca historia —en el fondo más dramática que picaresca— de ese perro cazador sacrificado por *censurar* implícitamente los arrebatos eróticos del amo, la cual historia debió, a nuestro juicio, terminar ahí, en la misma línea y lugar en que el perro muere. Lo demás está de más (Chocolate; pág. 81). En cambio, ¡qué gran final, hermoso, encontrado, verosímil dentro de su dramática irrealidad, el del cuento, siguiente, La Resurrección! Todo, en este cuento, todo lo sobrenatural que acaece en él, acaece de tal manera que parece natural; incluso, sentimos vagar por su clima de brujería una evaporada gotita de humorismo.

De un humorismo que se condensa y hace rebrillar plenamente sus quilates en El Hombre Desnudo (pág. 187). Un humorismo cuasi-subjetivo, juguetón y poéticamente desdibujado, como la apacible vislumbre de la luna que hechiza el ambiente del relato. Junto a los tres cuentos citados, hemos de alabar, por la sencilla dramaticidad de su realismo, el titulado La Cabra de Angora, que cierra dignamente el volumen.

Un hermoso libro, insistimos.

“PRIMAVERA DE ANTAÑO”, poemas y romances, por Samuel A. Lillo, Editorial Universitaria

Si la poesía fuese una cosa definible, seguro es que, apagados los veleidosos entusiasmos de la juventud, dejaríamos de rendirle el culto de nuestros versos. Pero, es el espíritu del hombre (otra